

que puso en duda, al menos por implicación, la fe clásica, para la cual tienden a equilibrarse por sí solas las fuerzas de la economía capitalista.

No obstante, las opiniones de Malthus no hallaron respuesta. Se produjo una estéril controversia acerca de ellas con Ricardo, quien siguió siendo inflexible. Los sucesores de la escuela se inclinaban, como dice J. M. Keynes, "a separar del cuerpo de la economía el problema, pero no resolviéndolo, sino dejando de mencionarlo." *Las Notas sobre los Principios de la Economía* de Malthus, publicadas después de morir su autor, Ricardo, afirman en un importante pasaje lo siguiente, que indica claramente cuáles eran las consecuencias prácticas de las teorías malthusianas a las que él objetaba: "Si la gente que se supone va a consumirlas no consume directamente las mercancías, ni hace que las consuman otros... y, en consecuencia, se produce un estancamiento general de los negocios, no tendremos más remedio que seguir el consejo de Mr. Malthus y obligar al gobierno a que cubra la deficiencia del pueblo. Deberíamos, en tal caso, pedir al rey que deponga a sus actuales ministros de asuntos económicos y los reemplace por otros que sean más eficaces en la promoción de los mejores intereses del país, estimulando la extravagancia y el derroche públicos. Somos, por lo visto, una nación de productores, y hay pocos consumidores entre nosotros, y el mal se ha hecho tan grande al fin, que seremos miserables sin término, si el Parlamento o los ministros no adoptan inmediatamente un plan de gastos." Que eran estas las ideas prácticas implícitas en la actitud disidente de Malthus es fácil de ver por los siguientes fragmentos, tomados de las conclusiones de sus Principios: "Es importante conocer que, en nuestro afán por ayudar a las clases trabajadoras en una época como la presente, resulta deseable emplearla en trabajos cuyos productos no se ponen a la venta en los mercados, como, por ejemplo, la construcción de carreteras y las obras públicas. El inconveniente de emplear de esta forma una cantidad grande, que se obtiene de los impuestos, no puede ser su tendencia a disminuir el capital que cabría emplear en un trabajo productivo, porque esto es, en cierto modo, lo que se busca; más bien sería que propende a ocultar demasiado el fracaso de la demanda nacional de trabajo, y evitaría que la población se adaptara poco a poco a una demanda reducida. Mas esto puede corregirse mucho a través de los salarios que se paguen. Y diría yo sin ambages que el empleo del pobre en los caminos y obras públicas, junto con la tendencia de los propietarios y terratenientes a construir, mejorar y embellecer sus posesiones, son los medios que más dentro de nuestro poder y más directamente calculados están para poner remedio a las calamidades derivadas de esa perturbación del equilibrio entre la producción y el consumo, perturbación que tiene su origen en la deserción brusca de soldados, marinos y otras varias categorías de hombres empleados en la guerra, que pasan a ser trabajadores productivos."

CAPITULO I

DEL PROGRESO DE LA RIQUEZA

SECCIÓN I. Exposición del problema que se investiga

NO HAY UNA investigación más interesante, o que por su importancia sea más digna de atención, que la que estudia las causas que impiden en la práctica el progreso de la riqueza en distintos países, y lo detienen o hacen avanzar muy despacio, mientras que la capacidad de producción no experimenta comparativamente disminución, o, por lo menos, provee de los medios necesarios para un aumento grande y abundante de producción y población.

En una obra anterior procuré trazar las causas que mantienen en la práctica la población de un país al nivel de los alimentos existentes. Ahora me propongo exponer qué causas influyen más en la cantidad de esas provisiones que existen, o que desarrollan la capacidad de producción en forma de riqueza creciente.

Es indudable que entre las principales causas que influyen sobre la riqueza de las naciones se han de colocar las comprendidas bajo el título de políticas y morales. Sin un cierto grado de seguridad de la propiedad no puede haber estímulo para el trabajo individual, y aquella depende sobre todo de la constitución política de un país, la excelencia de sus leyes y el modo en que se administran. Y también dependen, sobre todo, de las mismas causas, combinadas con la instrucción moral y religiosa, la existencia de aquellas costumbres que son más favorables para crear el hábito del trabajo ordenado, así como para formar la rectitud general del carácter, y que son, naturalmente, las dotes más favorables a la producción y a la conservación de la riqueza. Sin embargo, no es mi intención ahora examinar a fondo esas causas, por importantes y eficaces que sean, sino limitarme sobre todo a las causas más inmediatas y próximas del aumento de riqueza, tengan su origen en estas fuentes políticas y morales, o en cualesquiera otras que atañen de modo más específico y directo al ámbito de la economía política.

Es sin la menor duda cierto que existen muchos países que no difieren esencialmente en el grado de seguridad que proporcionan a la propiedad, ni en la instrucción moral y religiosa que reciben sus habitantes, y que, a pesar de ser casi iguales en cuanto a capacidades naturales, desarrollan su riqueza de manera muy diferente. El objeto principal de esta investigación es dilucidar tal hecho y proporcionar alguna explicación a ciertos fenómenos que suelen llamarnos la atención siempre que examinamos los distintos estados de Europa o del mundo; por ejemplo, países con grandes medios de producir que son comparativamente pobres, y países con pequeños recursos, comparativamente ricos.

Si las riquezas de un país, no sujeto a perturbaciones constan-

tes y a destrucción frecuente de sus cosechas no son, después de algún tiempo, proporcionales hasta cierto punto a su capacidad de producirlas, esta deficiencia tiene que haber surgido de la falta de un estímulo adecuado para una producción constante. La cuestión práctica que nos ocupará es, pues, cuáles son los estímulos más inmediatos y efectivos para la creación y el progreso constante de la riqueza.

SECCIÓN II. *Del aumento de población considerado como estímulo del acrecentamiento continuado de la riqueza.*

Muchos escritores han opinado que el único estímulo que necesita el aumento de riqueza es el crecimiento de la población, pues, según ellos, como ésta es la gran fuente del consumo, su aumento debe mantener elevada la demanda de una mayor producción, que irá naturalmente seguida de un crecimiento continuo de la oferta.

No tenemos ningún inconveniente en admitir que un crecimiento persistente de la población es un factor importantísimo y necesario para el aumento de la demanda; pero no sólo es evidente en teoría que el crecimiento de la población por sí solo o, hablando con más propiedad, la presión intensa de la población contra los límites de las subsistencias, no proporciona un estímulo eficaz al aumento continuado de la riqueza, sino que la experiencia lo confirma universalmente. Si la necesidad por sí sola, o el deseo de las clases trabajadoras de poseer los artículos de primera necesidad y útiles, fueran un estímulo suficiente para la producción, ningún estado de Europa, ni del mundo, hubiera encontrado más límite práctico a su riqueza que su capacidad productiva; y probablemente antes de llegar a este momento la tierra hubiera contenido, por lo menos, diez veces más habitantes de los que viven hoy en su superficie.

Pero los que conocen la naturaleza de la demanda efectiva se darán perfecta cuenta de que, donde existe la institución de la propiedad privada y se satisfacen las necesidades de la sociedad por la industria y el cambio, por muy intensos que sean los deseos de cualquier persona de poseer las cosas necesarias, útiles y agradables para la vida, no contribuirá en modo alguno a su producción si no existe una demanda recíproca de algo que ésta posea. Un hombre que no posea más que su trabajo tendrá o no tendrá una demanda efectiva de productos, según que exista o no exista una demanda de su trabajo por parte de quienes posean los productos. Y no puede haber nunca una demanda de trabajo productivo con vistas a la obtención de utilidades a menos que el producto que de él pueda obtenerse sea de mayor valor que el trabajo que lo obtuvo. No puede emplearse en ninguna industria nuevos brazos por el solo hecho de que exista una demanda de sus productos por parte de las personas empleadas en ella. No habrá ningún agricultor que se tome el tra-

bajo de dirigir la labor de diez hombres más por el simple hecho de que pueda vender en el mercado toda su producción a un precio exactamente igual al que les pagó. Tiene que existir algo en el estado anterior de la demanda o la oferta de la mercancía en cuestión, o en su precio, previa e independiente de la demanda ocasionada por los nuevos obreros, para justificar el empleo de un número mayor de hombres en su producción.

Quizá se diga que el aumento de población hará bajar los salarios, y que, al disminuir así los costos de producción, subirán las utilidades de los capitalistas y el impulso a la producción. Sin duda puede producirse temporalmente ese efecto, pero ha de ser muy limitado. La baja de los salarios reales no puede rebasar un cierto límite sin detener el crecimiento de la población, más aún, sin hacerla bajar; y antes de llegar a ese límite el aumento de producción ocasionado por el trabajo del número adicional de personas habrá hecho bajar hasta tal punto su valor y reducido tanto las utilidades, que el capitalista decidirá emplear menos trabajo. Aunque en este caso los productores de artículos de primera necesidad podrían sin duda obtener los fondos necesarios para mantener a un número mayor de trabajadores, sin embargo, si se abasteciera por entero la demanda efectiva de artículos de primera necesidad, y si no hubiera invadido a la gente un afán de consumo improductivo o de servicios personales, ningún motivo de lucro podría inducir a los productores a hacer una demanda efectiva de ese mayor número de trabajadores.

Por lo tanto, es evidente en teoría que cuando no se requiere una cantidad adicional de trabajo, el aumento de población encontrará pronto un obstáculo a su crecimiento en la falta de empleo y en la mala retribución que recibirán los que estén trabajando, y no existirá el estímulo necesario a un aumento de riqueza proporcional a la capacidad productiva.

Pero si queda alguna duda sobre la teoría, pronto se disipará observando la experiencia. Difícilmente podemos echar una ojeada a cualquier nación del mundo sin encontrarnos con una confirmación absoluta de lo que se ha dicho. Casi en todas partes la riqueza real que poseen las naciones que conocemos es muy inferior a sus capacidades de producción; y entre esas naciones sucede a menudo que progresa menos la riqueza de aquellas en que es mayor el estímulo que surge de la población por sí sola, esto es, en los países en que la población presiona con más fuerza contra los límites reales de los medios de subsistencia. Es evidente que el único medio razonable, más aún, el único medio de poder juzgar del efecto práctico de la población como estímulo de la riqueza, es referirse a aquellos países en que es mayor el estímulo de la necesidad, debido al exceso de población por encima de los fondos que se aplican al mantenimiento del trabajo. Y si en estos países que aún tienen gran capacidad productiva es muy lento el aumento de la riqueza, tendremos, sin la menor duda, la mayor prueba que puede ofrecer la experiencia de

que la población por sí sola no puede crear una demanda efectiva de riqueza.

Suponer un crecimiento importante y continuo de la población es dar por sentado precisamente lo que se discute. Igual podríamos suponer un aumento súbito de riqueza, porque la población no puede crecer sin un aumento proporcional o casi proporcional de la riqueza. En realidad, el problema es si los estímulos al crecimiento de la población, o aun la tendencia natural de ésta a crecer más que los fondos destinados a su mantenimiento, proporcionarán o no un aliciente adecuado para el aumento de riqueza. Y a esta pregunta contestan con la negativa España, Portugal, Polonia, Hungría, Turquía y muchos otros países de Europa, junto con casi toda Asia y Africa y la mayor parte de América.

SECCIÓN III. *De la acumulación, o el ahorro de los ingresos para aumentar el capital, considerada como estímulo al aumento de riqueza*

Los que rechazan la tesis de que la población no es por sí sola un estímulo suficiente al aumento de riqueza, están por lo general dispuestos a afirmar que todo depende de la acumulación. Es evidente que no puede tener lugar un desarrollo permanente y continuado de riqueza sin un aumento constante de capital; y no puedo estar de acuerdo con la opinión de Lord Lauderdale de que tal aumento sólo puede realizarse ahorrando del acervo que podría haberse destinado al consumo inmediato y añadiéndolo al que rinde utilidades; o en otras palabras, convirtiendo el ingreso en capital.

Pero primero tenemos que investigar qué estado de cosas es el que anima a una nación a acumular; y, además, qué es lo que hace que esa acumulación sea productiva y conduzca a un aumento ulterior y continuado de capital y riqueza.

No cabe duda de que mediante frugalidad se puede dedicar una parte mayor que la habitual de la producción de un país al mantenimiento de trabajo productivo; y si suponemos que se hace así, es indudable que los trabajadores empleados de esta manera son consumidores, igual que los dedicados a servicios personales, y que, en cuanto a los trabajadores, no habrá disminución de consumo o demanda. Pero ya hemos visto que el consumo y la demanda ocasionados por los trabajadores empleados en trabajo productivo no pueden nunca proporcionar por sí solo motivo suficiente para la acumulación y empleo de capital; y en cuanto a los capitalistas mismos, junto con los terratenientes y otras personas ricas, hemos supuesto que están de acuerdo en ser frugales y aumentar su capital privándose de cosas útiles y de lujo para poder ahorrar la parte de su ingreso con que lo engrosan. En esas circunstancias es imposible que la mayor cantidad de mercancías que se han obtenido con el aumento del número de trabajadores productivos encuentre compradores sin una

reducción del precio que haga quizá bajar su valor a menos de lo que representan los gastos, o por lo menos que reduzca las utilidades en tal medida que disminuya la posibilidad y el deseo de ahorrar.

Algunos escritores muy inteligentes han pensado que si bien no es difícil que se produzca un abarrotamiento de ciertas mercancías, no es posible que éste sea general, porque, según ellos, como las mercancías siempre se cambian por mercancías, la mitad de éstas proporcionará un mercado para la otra mitad, y, al ser la producción la única fuente de demanda, un exceso en la oferta de un artículo sólo demuestra la deficiencia en la oferta de algún otro, y es imposible un exceso general. M. Say, en su excelente obra sobre Economía Política, ha llegado incluso a afirmar que como el consumo de una mercancía la retira del mercado, resulta que disminuye la demanda, y que la producción de la misma la aumenta en proporción.

Sin embargo, me parece que si se aplica esta doctrina con caracteres de generalidad, no tiene ningún fundamento, y que, además, contradice a los grandes principios de la oferta y la demanda.

En realidad, no es cierto que las mercancías se cambien siempre por mercancías. Muchísimos productos se cambian directamente por trabajo productivo o por servicios personales; y no cabe duda que esa masa de mercancías, comparada con el trabajo por que ha de cambiarse, puede bajar de valor como consecuencia de un abarrotamiento, igual que una sola mercancía baja de valor debido a un exceso de la oferta en comparación con el trabajo o el dinero.

En el caso que hemos supuesto, es evidente que habría en el mercado una cantidad anormal de mercancías de todas clases, debido a que las personas que antes daban servicios personales se habían convertido en trabajadores productivos, como resultado de la acumulación de capital; el número total de obreros sería el mismo, y los terratenientes y capitalistas tendrían, por hipótesis, menos capacidad y deseos de comprar mercancías para su consumo, y en tales circunstancias el valor de aquéllas bajaría necesariamente en comparación con el trabajo, de modo que disminuirían mucho las utilidades y se detendría durante algún tiempo la producción. Y esto es precisamente lo que se entiende por la palabra abarrotamiento, que en este caso es, sin la menor duda, general y no parcial.

M. Say, Mr. Mill y Mr. Ricardo, que son los principales defensores de estas nuevas doctrinas, han caído, en mi opinión, en algunos errores fundamentales al tratar este problema.

En primer lugar, estos autores han considerado las mercancías como si fueran otros tantos símbolos matemáticos o cifras cuyas relaciones hubiera que comparar, en vez de artículos de consumo que han de referirse al número y las necesidades de los consumidores.

Si las mercancías se compararan unas con otras y se cambiaran

sólo entre sí, entonces sería verdad que por mucho que se aumentaran en la proporción adecuada continuarían guardando entre sí el mismo valor relativo; pero si las comparamos con los medios de producción existentes y el número y las necesidades de los consumidores, que es lo que debemos hacer, entonces un gran aumento de producción junto con un número relativamente estable de consumidores con necesidades iguales que antes, o disminuídas como consecuencia de la frugalidad, tiene que ocasionar forzosamente una gran baja de valor calculado en trabajo, de manera que aunque el mismo producto puede haber costado la misma cantidad de trabajo que antes, sin embargo, ya no podrá comprar (*command*) la misma cantidad; y disminuirán tanto la capacidad como el motivo para acumular.

Se afirma que la demanda efectiva no es más que la oferta de una mercancía a cambio de otra que ha costado el mismo trabajo. ¿Pero no se necesita más que esto para la demanda efectiva? Aunque la producción de cada mercancía puede haber costado la misma cantidad de trabajo, y pueden ser exactamente equivalentes en el cambio, sin embargo, ¿por qué no pueden ser ambas tan abundantes que no se pueda comprar con ellas más trabajo del que han costado, es decir, que no rindan utilidades?, y, en este caso, ¿sería su demanda efectiva? ¿Sería esa demanda tal que diera impulso a la producción? Sin duda, no. Pueden no haber variado sus relaciones mutuas, pero sí pueden haber experimentado un cambio de importancia sus relaciones con las necesidades de la sociedad y con el trabajo.

Otro error fundamental en que han caído los escritores antes citados y aquellos otros que les siguen, es no tener en cuenta la influencia de un principio tan general e importante en la naturaleza humana como es la indolencia o el amor al descanso.

Se ha supuesto que si un cierto número de agricultores por un lado y de manufactureros por el otro, cambiasen entre sí sus excedentes de alimentos y vestidos, y aumentara repentinamente la capacidad productiva de ambos de tal forma que con el mismo trabajo pudiesen obtener artículos de lujo además de lo que antes obtenían, no podría existir ninguna dificultad en cuanto a la demanda, pues parte de los artículos de lujo que produjesen los agricultores se cambiarían por parte de los que produjesen los manufactureros, y el único resultado sería que las dos partes estarían mejor abastecidas y poseerían más cosas de que disfrutar.

Pero al establecer este intercambio de satisfacciones mutuas se dan por sentadas dos cosas que son precisamente las que se ponen en tela de juicio. Se da por supuesto que se prefieren en todos los casos los artículos de lujo al descanso, y que se consume como en general una proporción adecuada de las utilidades de cada una de las partes. Vamos a ver ahora cuáles serían los efectos del deseo de ahorrar en las circunstancias expuestas. El efecto de preferir el de-

caso al lujo sería, sin duda, restringir o nulificar la demanda de los productos obtenidos con la mayor capacidad productiva que hemos supuesto, y provocar el desempleo. Como el cultivador podría en tales circunstancias obtener los artículos de primera necesidad y útiles a que se hubiese acostumbrado con menos trabajo y esfuerzo, y al no haberse formado aún en él por entero el gusto por los adornos, los encajes y terciopelos, es muy probable que se permitiera más ocio del acostumbrado y que emplease menos trabajo en cultivar la tierra; mientras que por su lado los manufactureros, al encontrar más difícil la venta de sus terciopelos, tenderían a reducir la producción y a caer en la misma indolencia que el agricultor. La historia de la sociedad humana enseña con suficiente claridad que el gusto depurado de los artículos de lujo y utilidad, es decir, un gusto suficiente para constituir un estímulo eficaz para la industria, no es una planta que crezca en cualquier lugar y en poco tiempo, sino por el contrario, de aclimatación lenta, y que es un error muy grande dar por sentado que la humanidad producirá y consumirá todo lo que puede consumir y producir, y que nunca preferirá el ocio a las gratificaciones que resultan del trabajo; será fácil comprobar estas afirmaciones con un examen, aunque no sea más que superficial, de las naciones que conocemos. En la próxima sección tendremos oportunidad de hacerlo y a ella remito al lector.

Se ha dicho que la deficiencia de la producción de los indolentes es lo que ocasiona la falta de demanda de los productos de los industriosos, y que si se hiciera producir a los que no trabajan desaparecería el excedente. Pero esta observación no hace al caso. El verdadero problema es saber si dadas las costumbres y los gustos que en realidad existen en la sociedad, se encontraría una demanda adecuada para todo lo que llevara al mercado un número cualquiera de personas a quienes se pudiera inducir a ahorrar y producir, si adaptarían su producción a aquellas costumbres y gustos, de manera que no se produjera lo que se llama un abarrotamiento, o una gran baja de las utilidades que dejan una gran masa de mercancías. Lo que podría suceder si existieran unas costumbres y gustos diferentes es un problema enteramente distinto.

También se ha dicho que nunca existe falta de deseos de consumir, que lo que no hay son deseos de producir. ¿Pero qué pasa con los manufactureros y comerciantes que producen en grandes masas y consumen con frugalidad? ¿Está su deseo de consumir mercancías en proporción a su capacidad de consumo? ¿No demuestra el uso que hacen de su capital que lo que quieren es producir y no consumir? Y en realidad, si no existieran en todo el país algunos que estuviesen dispuestos a consumir todo lo que producen, ¿cómo sería posible que aumentase el capital nacional?

Un tercer error en que han incurrido los escritores antes mencionados, y el más grave de todos en la práctica, consiste en suponer que la acumulación asegura la demanda; o que el consumo de los